

La problemática identitaria

Hugo E. Biagini

Uno de los grandes tópicos donde se bifurca la tradición filosófica occidental y el rumbo que ha ido adoptando el pensamiento latinoamericano gira en torno al concepto de identidad. En el primer caso planetario, este concepto se vincula estrechamente a la idea de igualdad, tanto desde el punto de vista de la ontología y la metafísica (todo ente es igual a sí mismo) como de la lógica proposicional –si p , entonces p –, lo cual se ha hecho extensivo al dominio psicológico con la noción de sujeto autónomo que resulta a su vez implementada por la cosmovisión liberal. En líneas generales, cabe sostener que la filosofía moderna ha pasado por alto el rol que desempeñan los componentes sociales en la elaboración de la identidad individual y comunitaria.

Por el otro lado, semejante noción ha ejercido un fuerte impacto en la meditación filosófica latinoamericana para perfilar desde el ser hasta el pueblo y el hombre de nuestro continente. Obviando sus limitaciones metodológicas, sus condicionamientos ideológicos y sus contradicciones teórico-prácticas, la preocupación por establecer la mismidad americana dentro de parámetros semejantes comienza a bosquejarse con las revoluciones de la independencia y los movimientos insurreccionales que las precedieron. Las ideas de la Ilustración apuntaron a interrogarse por los atributos propios y originales concernientes a las poblaciones de nuestro territorio. Con la generación de 1837 los ingredientes románticos e historicistas reforzarían el mentado americanismo, tras la búsqueda explícita de una emancipación mental y cultural. Las vertientes positivistas y la multifacética reacción en su contra pretendieron desentrañar los resortes raciales, las disposiciones anímicas, el sentimiento territorial, la fuerza telúrica o el alma nacional.

En las últimas décadas se produce en el mismo terreno una significativa reversión hermenéutica que ha quedado al margen tanto de los repertorios especializados como de los estudios panorámicos mundiales. No sólo suelen omitir dicha innovación conceptual las obras de referencia actuales de orientación universalista, por ejemplo, Edgar y Sedwick (1999) sino hasta un diccionario abierto a nuestra problemática como el de Ferrater Mora

(1994). Acusan en cambio mayor recibo de la cuestión identitaria algunas aportaciones globales de corte local efectuadas en nuestro continente: Di Tella (1989), González Álvarez (1994), Salas (1997-1998). Dada esa relativa orfandad temática que guarda un asunto de tanta magnitud especulativa y existencial, se procura ofrecer aquí un muestrario donde aparecen sistematizados diversos abordajes entre los tantos que desde 1980 se han difundido en nuestro medio sobre el particular, incluyendo por último mi propia visión *ad hoc*.

Panoramas recientes

Un primer trabajo de la serie acotada (Sambarino, 1980), embiste la óptica esencialista y plantea la falta de rasgos nucleares compartidos en América Latina, cuya identidad, además de constituir una categoría sujeta a múltiples fluctuaciones temporales, ha sido empleada equívocamente: como explicativa de la facticidad y como poseyendo funciones normativas que impulsan a la acción. No hay una identidad global de Latinoamérica y mucho menos una identidad cultural afín con el Tercer Mundo –como se había supuesto en los sesenta. Se adolece asimismo de correlatos estatales y de unidad territorial. Tampoco puede hablarse de una nacionalidad moral común cuando ella sólo resulta concebible para una ínfima parte de la población. Trátase de un encuadre antisustancialista –no sólo para referirse a una entidad latinoamericana en general como para cada una de sus naciones singulares– que descrea de la psicología de los pueblos y los tipos regionales. Análogamente y extremando las consecuencias, investigadores como Brubaker y Cooper postulan el abandono liso y llano del término identidad en las ciencias humanas y en el análisis social por adjudicarle un alto monto de ambigüedad.

Aunque mantienen sus propias reservas, los restantes enfoques examinados no llegan al punto de considerar como exenta de rigor la problemática identitaria y arriesgan distintos señalamientos característicos. Cuestionando las versiones europeístas y la concepción ontológica del americanismo, junto a sus elementos reaccionarios, el ensayista venezolano Ángel Lombardi recuperó en definitiva a la identidad. Pese a constituir esta última un limitado recurso teórico, opera como nuestra clave cultural dentro de una constante evolutiva signada por las contiendas populares en pos de libertad a través de varias etapas históricas específicas y sus coordenadas intelectuales. A título de balance, Lombardi enaltece la figura de Manuel Ugarte como aquél que, además de ofrecer un megaproyecto político concreto

(desarrollar un gran mercado económico frente al colonialismo anglosajón), supo aunar nacionalismo con latinoamericanismo y antiimperialismo con socialismo.

Dos mexicanos, el antropólogo Guillermo Bonfil y el filósofo Leopoldo Zea, también han incursionado por el asunto en cuestión. El primero no sólo enfatizó el salto civilizatorio americano con respecto a Occidente sino que ha acentuado las milenarias diferencias étnicas y culturales de nuestros indígenas, resaltando las hondas desigualdades inherentes a los sistemas sociales y económicos con sus relaciones asimétricas de dominación/subordinación. Por otra parte, en el dilatado *corpus* de Leopoldo Zea, la identidad, entendida como aptitud para reconocer aquello que es típicamente humano, ocupa un papel central, en tanto representa una necesidad ineludible, una íntima pertenencia como la de la sombra para el cuerpo, mientras permite tomar distancia frente a los prejuicios y maquinaciones planetarias. Se formula así un interjuego entre diversidad e igualdad: todos los hombres y pueblos son iguales por el hecho de ser distintos; por contar con una personalidad y una individualidad singulares. Nos hallamos ante seres humanos concretos que luchan por hacer patente su identidad, por intervenir como pares junto a los demás. Se afirma la igualdad a partir de las filiaciones peculiares y sin desmedro del entendimiento mutuo.

Fernando Aínsa despliega toda su versatilidad e invectiva en torno al rostro ambivalente de una América de extramuros y otra América remisa a los ascendientes foráneos, mientras admite la perspectiva de una validez universal que no se pliega forzosamente a los cánones occidentales. Aínsa se hace cargo del tenso equilibrio existente entre la imagen propia y la ajena, entre el polo de la mundialización y el regionalismo, entre las fuerzas endógenas o nacionalistas y las centrífugas o importadas. Dentro de ese movimiento antagónico, la síntesis de nuestra identidad cultural se ha plasmado mejor en el ámbito literario que en el ideológico. Con todo, la obsesión por la especificidad de lo americano falsifica a veces su verdadera naturaleza cuando para resaltarla se levantan muros folklóricos, habida cuenta de que la situación presente tiende a fomentar la multiculturalidad y la interculturalidad, delineándose una cartografía de las pertenencias identitarias que rompe diversas ataduras y asume la marginalidad de los migrantes, los exiliados, los desocupados y las minorías que forman el variado mosaico civilizatorio americano. El planteo de Aínsa cuenta con ilustres precedentes dentro del ideario socialista, durante la globalización decimonónica, como lo enunciara *v. gr.* el republicano español Serafín Álvarez: «La patria no es el suelo en que hemos nacido ni el horizonte que primeramente dibujó

nuestra mirada [...] es toda la superficie de la tierra en que se respeta al hombre» (*Credo*, pp. 216, 218).

Desde Centroamérica, el pensador nicaragüense Alejandro Serrano, sin dejar de advertir las rupturas e inconsecuencias denotadas por la cultura continental, ha hecho hincapié en el proceso identitario presente en nuestras artes y en nuestra reflexión crítica. A diferencia de estas expresiones distintivas, Serrano alega que el ámbito jurídico y sociopolítico reproduce formas y modelos extraños que, ya desde los mismos tiempos de la Independencia, no responden a las expectativas e intereses generales, produciéndose un hiato entre las leyes y la realidad, entre una marcha institucional orientada por principios de avanzada y el devenir económico sujeto a recetas premodernas como las que imparte el Fondo Monetario o el Banco Mundial. Ello resulta más agravante si se concibe la afirmación de la identidad no sólo como un bucear en las raíces pasadas sino sobre todo como desafío para la supervivencia de los pueblos y las culturas. Se proponen alternativas valederas: elaborar nuevas herramientas ético-políticas, favorecer alianzas nacionales e internacionales de los nuevos agentes societarios, lanzar estrategias para el desarrollo y la educación, fortalecer la sociedad civil y crear una conciencia colectiva identitaria que no abrevie únicamente en la música popular. En resumidas cuentas, se alienta la articulación de un Acuerdo o Proyecto Nacional en cada país para inducir a la democracia social y a la autonomía regional.

Una secuela de trabajos ha visto la luz en suelo chileno. En un texto pionero, donde se aduce que América Latina le aporta a la filosofía una nueva manera de reflexionar, Mario Berríos enfocó la identidad centrándola en el rescate de las peculiaridades frente a lo universal, en tanto reivindicación del mundo particular ante otro que aparece como el único legitimable, en definitiva como reconocimiento de la alteridad. Vergara y Larraín han procurado desmenuzar las identidades en toda su complejidad: desde las nuevas a las tradicionales, las macro o las micro, las globales o sectoriales junto a sus variantes, sin descartar las identidades deportivas. Según ellos, la preocupación identitaria no ha registrado siempre la misma importancia en Latinoamérica sino que se ha ido acentuando en épocas de grandes crisis. Tampoco se traza una línea abismal entre lo propio como algo a preservar y lo extraño como enajenante de suyo –tal el caso de la lengua que, oriunda de extramuros, acabó por ser reapropiada. La misma modernidad sigue distintas rutas: en nuestra América sólo se inicia a comienzos del XIX, tras la cerrazón de España y Portugal. Modernidad e identidad no son excluyentes para ambos autores, quienes intentan refutar tanto las concepciones identitarias hispanófilas e indianas como las que preconizan una